

ENTREVISTA

Juan Bautista Lucca

(Profesor, Doctor, Universidad Nacional de Rosario)

Sobre el entrevistada:

Doctor en Ciencias Sociales (FLACSO), Máster en Estudios Latinoamericanos (Universidad de Salamanca), Diploma Superior en Pensamiento Social Latinoamericano y Caribeño (CLACSO), y Licenciado en Ciencia Política (UNR).

Profesor en UNR y en el Doctorado en Ciencias Sociales de la UNER en Argentina. En la actualidad es Investigador adjunto del Conicet e integra diversos proyectos de investigación sobre Política y Metodología Latinoamericana Comparada y Actores Sociales y Partidarios.

Es compilador de libros y autor de capítulos de libros y de artículos científicos sobre metodología y política comparada, partidos políticos y sindicatos en los países del Cono Sur de América Latina, entre otras temáticas afines.

ORCID: 0000-0001-9017-8619

E-mail: juanlucca@hotmail.com

1. En los últimos años hemos presenciado varios momentos de inestabilidad y crisis política, social y económica en América Latina. En algunos de esos momentos la oposición al gobierno de turno se utilizó de ese escenario para lograr justificar la deposición presidencial (como en Honduras-2009, Paraguay-2012, Brasil-2016 y Bolivia-2019). ¿En qué medida ese uso de la deposición como herramienta opositora fomenta un desafío para la apuesta democrática y el respeto a las “reglas del juego”?

Juan Bautista Lucca – En primer lugar, me parece que uno de los problemas que tiene la Ciencia Política es la sobreabundancia de miradas institucionalistas. O en todo caso, de las miradas más bien del viejo institucionalismo, donde la funcionalidad y su grado de introyección en la ciudadanía no ha sido observada, sino que se pone más el acento en la regla formal. Y me parece que la informalidad es algo que, en América Latina, tiene mucha importancia para la definición del juego democrático.

Además, me que parece que la utilización del juicio político como herramienta para la dinámica política latinoamericana es un aprendizaje importantísimo, porque es la forma de exorcizar, si vos crees, los problemas intestinos de las crisis políticas latinoamericanas. Es decir, en otro momento hace 100 años atrás se empezaron a usar los golpes de Estado; hoy por hoy lo hacemos de forma, mal o bien, con las herramientas de las reglas del juego democrático.

Lo que me parece es que no hemos observado con gran detalle es que todavía sigue habiendo un problema del presidencialismo, sobretudo en la copia del formato inicial que copiamos de Los Federalistas y su idea de que existiera un presidente débil y todos los otros poderes tienen que tratar de atemperarlo de alguna forma. Y básicamente lo que hemos hecho siempre en la Ciencia Política en los últimos 50 años, de los 80 para acá, es poner el acento en que el presidente concentra excesivos poderes, pero no hemos visto o no hemos puesto el acento en que en realidad acumula poder en tanto y cuanto el sistema político-partidario está concentrado, y entonces funciona mejor en los bipartidismos esa idea de que el presidente es súper-poderoso.

Pero desde los 90 para acá toda América Latina se ha vuelto multipartidista y esa idea del Brasil – del presidencialismo de coalición – es algo que en realidad está exportado desde México hasta la Argentina en todos los países. Y eso lo que hace es que básicamente el Parlamento sea un gran órgano contralor y un gran órgano de contrapeso; con lo cual el problema no es solo el hiper-presidencialismo sino también la hiper-parlamentarización de la dinámica político-partidaria.

Ello es importante porque es allí donde se pone en juego que, como decía Borges, “muchas veces no nos une el amor, nos une el espanto”, y los opositores se unen más rápido para destituir los gobiernos que para sostenerlos. Entonces, el poder del peso que tiene el Parlamento con la herramienta del juicio político – es letal. Y por otro lado, el otro poder de peso que es importante es el Poder Judicial, que claramente es un poder alterno y que claramente juega un rol político.

De hecho la Ciencia Política en general, y latinoamericana sobretudo, es muy deudora de los estudios sobre el poder judicial y su incidencia. Y solamente lo vemos ahora la reacción y la discusión sobre el *Lawfare*, pero básicamente sabemos muy poco sobre la dinámica política del Poder Judicial. En los Estados Unidos uno sabe bien claro quién es “elefante” y quién es “burro”, o sea quien es republicano y quien es demócrata

dentro de la Corte, y eso incide claramente en las orientaciones de políticas públicas.

Otro factor importante es que siempre nos concentramos en los poderes constitucionales, o los poderes del Estado, cuando también hay otros poderes reales, como por ejemplo el del cuarto poder que es el de la opinión pública.

2. Para que la precarización y subversión institucional pueda lograr sus objetivos, ella debe tener una base de apoyo en la opinión pública, para que la deposición presidencial sea vista como la respuesta a las demandas de la opinión pública. Como ejemplos, se puede mencionar el caso paraguayo de 2012, cuando se crearon las demandas de la inseguridad pública y jurídica (con las movilizaciones campesinas y la actuación del EPP) y de la entrega de la soberanía nacional, asimismo el caso brasileño de 2016, con las demandas de crisis económica (con aumento del desempleo y recesión económica) y de la corrupción (con las investigaciones de la Operación Lava Jato). Al considerar esos dos casos, vemos que los gobiernos posteriores no lograron resolver tales demandas y eso fue abriendo espacio para liderazgos con un perfil no democrático (como Payo Cubas y Jair Bolsonaro). ¿Cuáles son los posibles efectos para la confianza de la opinión pública en la capacidad del régimen democrático y sus representantes resolver sus demandas? ¿Estamos ante la posibilidad de ascensión y permanencia de respuestas no democráticas a las demandas?

JBL – En primer lugar, hay como una combinación de varias cuestiones que están todas mezcladas. En el año 96, 97, el Latinobarómetro se asustó que los latinoamericanos teníamos muy poco apego a la democracia y entonces alertó al respecto, y después se dio cuenta que en realidad tenía que ver con la pregunta que estaba errada. No es que estaba errada, sino que mezclamos calidad democrática y calidad de gobierno, la capacidad de respuesta del gobierno o la *responsiveness* – por decirlo en inglés – la mezclamos con la idea de calidad democrática.

Y son dos dimensiones diferentes, una tiene que ver con la dimensión del régimen y la otra tiene que ver con la dimensión del gobierno. Lo que pasa es que en inglés está todo junto, gobierno y Estado. Son dimensiones diferentes, y a mí me parece que el caso brasileño lo muestra bien: Bolsonaro es lo peor que le pueda haber pasado en la historia brasileña, en la política brasileña, sin embargo, es el mejor test de que la democracia brasileña puede sobrevivir inclusive a un Bolsonaro. O sea, ni siquiera en el peor de los contextos el sistema imploró y tuvo una salida extremadamente peor, que era un poco lo que todos avizoraban, pero que después no se vio.

Obviamente eso no quiere decir que no se sucedan cuestiones como por ejemplo la toma del Planalto, o si vos quieres el equivalente de Donald Trump en Estados Unidos, en donde en realidad lo que sucede es que ya – y acá recupero la primer parte de la pregunta – que la ciudadanía en realidad levanta la voz en América Latina de diversas formas. Y hemos tenido sistemáticamente la mirada puesta en la izquierda levantando la voz, y entonces en los 90 era más fácil ver cómo las expresiones sindicales o los partidos de izquierda, progresistas, o como quiera llamarles, fueron los que alzaron la voz y llegaron al gobierno en los 2000, pero hemos dado poco la atención en cómo la derecha alza la voz y ahora disputa la calle también.

Y en ese sentido la derecha tuvo un proceso de aprendizaje para movilizarse en la calle, pero también tiene un proceso de aprendizaje de mayor larga data. La derecha en general es un sector que, como lo decía el historiador argentino José Luis Romero, siempre responde a los sectores con altos recursos en el régimen social de acumulación, es decir, son los sectores vinculados a la economía y esos sectores también tienen que ver con la estructura del poder político.

Entonces la derecha está más cercana del mandonismo brasileño, es decir, esa estructura económica y política y por ende la estructura económica está vinculada a lo que los medios de comunicación logran plantear. Obviamente los

medios de comunicación, digo como tantas otras instituciones que inciden en el juego democrático, no necesariamente son democráticas, o no necesariamente funcionan de forma democrática, como no funciona internamente un sindicato, por ejemplo. ¿Por qué?

Porque cada quien tiene intereses, y la opinión pública muchas veces está modelada por la opinión publicada, entonces esta idea antigua del *laissez faire* de que los medios no cambian la opinión de la gente, en realidad se modifica cuando la cantidad de información que consume la gente – y digo la gente en sentido genérico – es muy diferente a lo que sucedía en la década del 60 con lo que sucede hoy. La cantidad de información que consumimos es mucho mayor, entonces los grandes pulsos motores de información que son los grandes medios, como Globo en Brasil, ABC Color en Paraguay, Grupo Clarín en la Argentina, tienen la capacidad de modelar las preferencias de una ciudadanía que en realidad no está ávida de pluralidad de información, sino que recupera la información a la que tiene acceso.

Y entonces termina generándose una espiral de generación de auto-verdades en donde la opinión publicada modela la opinión pública, la opinión pública sectorizada consume esa opinión publicada y viven en unas burbujas en donde se replica la auto-verdad y cada quien reconoce en lo que se ve publicado aquello que quiere leer. Entonces, con más razón se refuerzan los sentidos identitarios de estos sectores y cuando la realidad política va en un sentido diferente levantan la voz. Y lo que vemos es que la derecha también sabe levantar la voz y también sabe disputar la calle, y eso me parece que es uno de los factores más novedosos de los últimos años, como el año 2008 en Argentina con la crisis del campo, pero también las marchas en México, en Brasil, de los sectores más conservadores vinculados al mundo religioso.

3. Las maniobras jurídicas usadas para atacar adversarios políticos, que son la base para el llamado Lawfare, se han difundido en los últimos años, destacándose los casos de los expresidentes

Luiz Inácio “Lula” da Silva (Brasil) y Cristina Fernández de Kirchner (Argentina). En esos dos casos la acusación y la condena fueron basadas más en convicciones que en pruebas. ¿Qué efectos esa clase de actuación jurídica puede tener para la confianza ciudadana en la justicia? ¿Qué efectos puede tener para la confianza de los liderazgos políticos en las reglas del juego del Estado Democrático de Derecho?

JBL – La confianza de la ciudadanía en la democracia, en el juego democrático, en las instituciones democráticas depende de muchos factores y me parece que también tiene que ver un poco en la trazabilidad o la historia de cada uno de los países en como confían en las instituciones.

Entonces, ahí claramente la diferencia de la confianza, por ejemplo, de la Argentina en los militares y de Brasil en los militares, o de México en los militares es completamente diferente y eso obedece básicamente a su historia. Lo mismo sucede en relación a la justicia, no por nada hay países que tienen mayores niveles de confianza en las instituciones jurídicas o en la justicia básicamente y otros que mucho menos.

O lo mismo en la cuestión sindical. Entonces, ahí conjugan varias cuestiones. En primer lugar un nivel histórico. En segundo lugar tiene que ver con que la justicia es un poder político, no es un poder ajeno a la política. Lo que sí es que es un poder contra democrático, es en el sentido de que es más bien un poder republicano y digo contra democrático porque es un poder de control de los poderes democráticos, el Legislativo y el Ejecutivo.

Y en ese sentido, y acá vuelvo nuevamente a la historia, la idea de la justicia, del Poder Judicial, como un órgano contralor de los otros poderes se retrotrae a las copias latinoamericanas de los federalistas o a las malas copias de las constituciones latinoamericanas de las estructuras iberoamericanas, sobre todo por ejemplo en la Constitución del 1812 que sirvió para armar las estructuras jurídicas del Estado, mas allá de que en Argentina siempre dicen que Alberdi copió a los federalistas, es una confluencia de los dos elementos.

Y en esto del *Lawfare* queda claro que el poder político del Poder Judicial se hace vivo y se expresa. No tendríamos que sorprendernos porque es algo que es constante, digo, son personas haciendo decisiones que inciden en la dinámica pública, entonces en ese sentido son políticos. No son electos y eso es un problema. Y por otro lado, los niveles de control del Poder Judicial son siempre más opacos porque justamente hemos puesto el acento en controlar al que siempre se supo que se debería controlar, que es el Presidente, pero como ya lo decía Hamilton el problema es quién custodia los custodios, quién controla a los custodios, quién controla a los que controlan. Y eso es un elemento que es importante.

El problema, por otro lado, está en que esta utilización del *Lawfare* también lleva a que los otros poderes del Estado ataquen al Poder Judicial, y entonces cuestionan su autonomía, su poder republicano, y eso también es un problema. El *Lawfare* es la demostración de que son un poder político, la justicia, pero la contra ofensiva tampoco es gratis a la dinámica republicana.

Y eso hace que las peleas intestinas sean mucho más complejas y en América Latina eso sabemos que lleva siempre a tensiones que se vuelven difíciles de resolver, y en donde claramente la disputa por las asimetrías de poder terminan cayendo en el lado de, como diría Jessé de Souza en Brasil, del lado de la élite, de los poderosos que siempre son la élite del atraso. Entonces siempre termina cayendo del lado de los conservadores, conservadores en el sentido de los defensores del *status quo*, no digo conservadores en el sentido lógico.

4. En ambos casos de Lawfare, la justificativa ante la opinión pública es la lucha contra la corrupción. Vemos la selectividad de la justicia y de la retórica anti corrupción, paralelamente al surgimiento de escándalos de corrupción de otros liderazgos políticos. ¿Esos fenómenos pueden contribuir para el sentimiento anti política? ¿En qué medida ese sentimiento abre espacio para ideas

autoritarias y no democráticas como solución para el tema de la corrupción?

JBL – Ahí me parece que tiene que ver con la trazabilidad, la dimensión histórica del conflicto, y de esa génesis autoritaria de esas ideas autoritarias o ideas no democráticas que pueden surgir. Le digo trazabilidad porque tiene niveles históricos, países que nunca experimentaron el autoritarismo es muy difícil que adentren el autoritarismo y países que cada vez son más democráticos difícilmente se vuelven autoritarios, porque hay un proceso de aprendizaje.

El problema está en que los legados del autoritarismo son legados, como decía Garretón, que no solo se imprimieron en las sociedades latinoamericanas en las instituciones, sino también se imprimieron en los actores, entonces hay actores que saben jugar el juego no democrático a lo largo de la historia y cuando las condiciones para imponerse en un contexto de deterioro de la democracia o de desdemocratización crecen, saben cómo jugar y se convierten en grandes cancerberos de una voz anti-democrática.

Pero además de instituciones y de actores, hay otros factores u otros enclaves autoritarios, al decir de Garretón, que son importantes, que son los ético-simbólicos y esta idea básicamente de los valores, de los principios, o de la dimensión más bien axiológica de la democracia que es inherente a la ciudadanía.

Es como preguntarse si los argentinos somos o no xenófobos, digo tiene una trazabilidad histórica que la puedes trazar hasta la Guerra del Paraguay, que no es nada nuevo. Y por otro lado, esta idea de corrupción como factor dinamizante de las sensaciones, o de las ideas, o de las opiniones, o de una ciudadanía anti-democrática o desdemocratizadora, tiene que ver con una cuestión estructural nuevamente. Las sociedades latinoamericanas en los momentos de crisis económicas es muy probable que quieran que los corruptos se vayan, y en momentos de crecimiento o bonanza económica no les va a preocupar que los corruptos estén o no estén.

Si vos te fijas en los 90 a Carlos Saúl en Argentina no querían que se fuera porque el uno a uno [paridad peso-dólar] era una dinámica que favorecía a toda la ciudadanía. Cuando, a partir del 97 la crisis económica empezó a impactar fuertemente la dinámica y el discurso anti corrupción hizo que aflorara nuevas fuerzas políticas que se valieron de esa lanza para justamente – el FREPASO, por ejemplo, y la Alianza – plantear su discurso contra la política del *status quo* que representaba Menem en ese momento.

Entonces, no es que generan sensaciones anti-políticas sino que en realidad es nuevamente la política en el sentido de desacuerdo, es la disputa por el sentido del orden decía Norbert Lechner. Es quién impone las condiciones de entendimiento, de cómo se entienden las reglas de juego, su operatividad, sus valores y su introyección en la ciudadanía.

Entrevistadores: José Renato Ferraz da Silveira e Junior Ivan Bourscheid